Mirarse el ombligo

Aprendemos sobre nosotros mismos cuando nos atrevemos a mirar otros paisajes y escuchar otras voces | Columna de Irene Vallejo

IRENE VALLEJO 19 MAR 2022

El mundo es un pañuelo. Lo afirma el refranero popular, nuestra particular enciclopedia de bolsillo. En latín la palabra *mappa* significaba servilleta, toalla o trapo. Así llamaban a la tela rectangular que, en el silencio expectante del circo, daba la señal de salida para las carreras de carros, como si aquellos caballos fueran a galopar por confines y fronteras. Sobre la superficie de esos lienzos, los romanos dibujaban los perfiles del orbe conocido.

Los mapas retratan nuestros mejores y peores rasgos: curiosidad ávida y hambre de descubrimiento, pero también vanidad conflictiva y sed de anexión. Nos fascinan porque cuentan historias y revelan nuestras pasiones. Además, construyen nuestra mirada. Las razones por las que el norte figura arriba no son científicas, sino estratégicas. Lo alto tiene connotaciones positivas, mientras que lo bajo se mira por encima del hombro. Asociamos la pobreza al sur y la prosperidad con países septentrionales. La famosa fotografía de la Tierra que tomó la nave *Apollo 17* en 1972 —la canica azul— fue rotada para su publicación, pues ya solo sabemos leer el planeta colocado de esa única forma. Sin embargo, durante siglos el este ocupó habitualmente la posición superior porque la luz surge de oriente, mientras que el norte simbolizaba un territorio de oscuridad: desde entonces, "orientarnos" significa buscar la referencia allá donde nace el día.

Los mapas dicen muchas verdades, pero también mentiras. Son atlas de las mentalidades, miedos y expectativas de las sociedades que los crean. La proyección cartográfica más utilizada todavía hoy, conocida como Mercator, oculta interesadas distorsiones. Los planisferios por los que viajamos con los ojos y navegamos con la punta del dedo dibujan un occidente enorme y central, sobredimensionado en un hemisferio norte que ocupa dos tercios y relega el sur a un diminuto tercio inferior. En un episodio de *El ala oeste de la Casa Blanca* de 2001, el presidente recibe a varios miembros de una ficticia Organización de Cartógrafos por la Igualdad, que presionan para renovar los mapas escolares. Explican que la Europa de Mercator está representada más grande que Sudamérica, cuando esta última la duplica. Además, Alemania figura en el centro, aunque le correspondería aparecer más al norte. "Un momento", interrumpe un perplejo Josh Lyman, "¿me está diciendo que Alemania no está donde creíamos?". La respuesta es lapidaria: "Nada está donde usted cree".

Desde que empezamos a trazar caminos y geografías sobre servilletas, los seres humanos tendemos a creernos el ombligo del mundo. A lo largo de la historia, personas y pueblos han sufrido este espejismo, impropio de habitantes de un planeta esférico. Según los antiguos griegos, Zeus deseaba saber dónde estaba el centro de la Tierra y, para averiguarlo, soltó dos águilas en los extremos del universo. Inevitablemente, las aves se encontraron en un lugar de Grecia, Delfos, señalado para la posteridad con una piedra ovalada a la que llamaron "ónfalo", es decir, ombligo. Los chinos de aquel tiempo llamaron a su país Zhonghuó, "reino central". Unos y otros creían ser el meollo cartográfico del cosmos y la única cultura civilizada. Cada cual se ubica en el epicentro de todo y tal vez por eso el mundo tiene más ombligos que cerebros.

A menudo el delirio megalómano ha cincelado las geografías a golpe de invasión, guerra y sometimiento, en nombre de remotas purezas y naciones triunfantes. La historia prueba, sin embargo, que el pensamiento y la ciencia fluyen en las encrucijadas de poblaciones diversas, en las rutas de viajes, encuentros e intercambios. Aunque la sabiduría arcaica acuñó en Delfos una máxima ensimismada —conócete a ti mismo—, el éxito del oráculo era fundamentalmente cosmopolita: dependía de los relatos y datos que traían sus visitantes de orígenes distantes. Por eso, el dramaturgo Menandro se atrevió a rectificarla: "Es más útil decir: conoce a los otros". En realidad, aprendemos sobre nosotros mismos cuando nos atrevemos a mirar otros paisajes y escuchar otras voces. Es poco original sentirse únicos: solo los demás nos dicen quiénes somos.

https://elpais.com/eps/2022-03-19/mirarse-el-ombligo.html#?rel=lom

Esos europeos que hablan español

Los temas de identidad siempre surgen en relación "al otro". Si estuviéramos siempre en nuestro mundo nunca nos preguntaríamos quiénes somos, ni como grupo, ni como seres individuales.

Hace poco más de un año me encontraba en Nueva York en una sala de actuaciones parecida a la del programa de monólogos humorísticos que en España hemos llamado *El club de la comedia*. De repente, uno de los actores preguntó que cuántos latinos había en la sala, pero yo no me di por aludida y no levanté la mano. En ese momento, un chico rubio con más aspecto de centroeuropeo que de otra cosa levantó su mano. Sorprendida, le pregunté que de dónde era y me dijo que argentino.

Como española, el término latina o hispana me dejaba fría. En ese momento, confieso que me quedé completamente descolocada, ya no sabía si tenía que levantar la mano o no, ya que en ese crisol de culturas que es Nueva York nunca me había preguntado por lo que yo misma era (que lo tenía muy claro). Quizás lo que sucedía era simplemente que la idea de mí cambiaba si tenía que preguntarme por cómo me veían los demás habitantes de la ciudad.

Comencé a indagar y todo empezó a complicarse. Al parecer, el término latino se aplica a cualquier persona nacida en Latinoamérica, y esto es lo mismo que sucede con el término hispano. Por supuesto, estos términos también sirven para denominar a los descendientes de nacidos en Estados Unidos.

¿Existe una identidad común para todos los nacidos al sur del Río Grande? Yo diría que depende, y mucho, de qué categorías estemos hablando. Lo cierto es que ni etnias, ni razas, ni nacionalidades, ni idiosincrasia hacen pensar en algún tipo de unidad identificativa. Entonces, ¿por qué un término que trata de unificarlos a todos? La razón es que hay dos factores objetivos importantísimos de unidad: la lengua española y la religión, o más bien, la cultura católica, que al final acaba siendo más importante que la religión misma.

Estos valores y costumbres (católicos o no) son los que tejen una especie de red invisible que da coherencia a eso que llamamos *hispanidad*, un término que no me resulta ajeno como española.

Con todos los latinos con los que conviví en La Gran Manzana me sentía cómoda. De alguna manera había algo común entre nosotros: dominicanos, cubanos, colombianos, puertorriqueños… En ningún momento me sentí realmente extraña, a pesar de todo lo que nos separaba, y nunca olvidaré la generosidad y la hospitalidad con la que era recibida. ¿Acaso[10] no son la generosidad y la hospitalidad dos valores muy españoles? Este es sin duda el ámbito[11] en el que todos nos sentimos cómodos, el de los valores que compartimos. Encontré a mucha gente estadounidense que hablaba perfectamente español y con la que la comunicación no era un obstáculo[12] en absoluto, pero no sentí lo mismo.

Mi reflexión acaba aquí. ¿Acaso no son los valores y muchas costumbres que se transmitieron en una lengua nacida a muchos miles de kilómetros de distancia lo que nos une?

Pero, además de compartir ese ámbito hispano, los españoles también compartimos el ámbito europeo (con todo lo que eso significa), y no solo eso, sino que también somos un país mediterráneo, que también es otro importante factor de cultura. Por el contrario, los latinoamericanos tienen un "componente latinoamericano", si se me permite la expresión, al que los españoles somos ajenos. Todas estas diferencias, al igual que las cosas que nos unen son detalles que se pueden ver en la forma de alimentarnos, en el horario que hacemos, en nuestra manera de hacer negocios o incluso en el tono de nuestras voces. Muchas veces los latinoamericanos se preguntan por qué los españoles hablamos como si estuviéramos enojados, porque su tono suele ser más amable y suave. Pero, a pesar de las diferencias, son muchas cosas las que nos unen, y espero que cada vez menos las que nos separen en este mundo globalizado.

La confusión España / español merece en Estados Unidos una mención aparte. Muchos norteamericanos confunden el español como lengua con el español como nacionalidad, sobre todo porque no son conscientes del lugar que ocupa España en el mapa del mundo. Muchas veces me enfrenté al hecho de que se identificaba el hablar español con ser latina, y por tanto nacida al sur de Estados Unidos. Solo en una ocasión llegaron a decirme: "Ah, española…, una de esas europeas que hablan español".

https://hablacultura.com/cultura-textos-aprender-espanol/cultura/esos-europeos-que-hablan-espanol/